

DIMENSIÓN SOCIOANTROPOLÓGICA DE LA CULTURA

Eduardo Andrés Sandoval Forero

RESUMEN

El texto aborda algunas significaciones en torno a la cultura que desde la sociología y la antropología se consideran relevantes para la comprensión conceptual y analítica sobre el tema. La exploración del concepto, su relación con la sociedad, el entorno global, la industria de la cultura, la cultura indígena, la cultura de conflicto, la cultura de paz y la interculturalidad son algunos de los tópicos expuestos.

Palabras clave: cultura, industria cultural, cultura indígena, cultura para la paz.

ABSTRACT

This writing takes on some significance around the culture that since sociology and anthropology are considered notable for the conceptual and analytic understanding about the subject. The exploration of the concept, its relation with the society, the global environment, the industry culture, the indigenous culture, the culture difficulty, peace culture and the intercultural are some of the exposed topics.

Key words: culture, cultural industry, indigenous culture, culture for the peace.

Introducción

La cultura es uno de los conceptos centrales en disciplinas de las ciencias sociales como la antropología y la sociología. En menor medida, pero también de forma relevante, es utilizado por la psicología, la historia, la lingüística, la comunicación, la geografía y las humanidades. Asociado de manera general a los conceptos de sociedad e identidad es, al igual que estos mismos, un concepto multi-dimensional y polisémico que puede llegar a abarcar el todo, pero también designar lo más elemental y simple de la vida humana.

La tradición culturalista de la antropología en buena medida ha concentrado su quehacer en describir —y en muchos casos reflexionar— sobre la vida de los pueblos llamados primitivos, a partir de la premisa de que todas las acciones, los productos materiales, las manifestaciones artísticas, la organización social, la vida comunitaria, las relaciones sociales, parentales, rituales, técnicas, medicina, pensamientos, integración social, costumbres, normas, sanciones, símbolos, religión y política, son parte de un todo cultural. El énfasis puesto en la cultura ha derivado en la afirmación de que la totalidad de la cultura es compartida por sus miembros, por lo que se puede deducir que la cultura existe desde el momento en que se originó la vida de los seres humanos a través de un comportamiento grupal. Por ello también se dice que la cultura es creada por los hombres, y que se manifiesta en las formas diferenciales de vivir en sociedad, mismas que se transmiten, inducen, imponen, imitan, recrean y transforman a través de procesos aprendidos y aprehendibles de manera colectiva.

Los abundantes estudios de antropología dan cuenta de la multiplicidad del concepto de cultura, teniendo como límites geográficos a la comunidad y, en algunos casos, la región cultural. En sociología la comprensión de cultura como totalidad fue desarrollada por la corriente de la sociología histórica, cuyos exponentes fueron Spengler y Toynbee. En la sociología contemporánea, Alfred Weber realizó aportaciones significativas a la relación y diferencia entre cultura, sociedad y civilización. Por cierto, muchos son los textos que encontramos que hacen del concepto de cultura un sinónimo de sociedad: “la cultura maya”, “la sociedad de los mayas”.

Una distinción de la sociología de la cultura fue haber trascendido el estudio de lo local, lo comunitario, lo doméstico, llegar a planteamientos más amplios y generales en lo teórico, lo dimensional y lo analítico en dichos estudios: la cultura de instituciones, naciones, sistemas políticos, la cultura de clase, de masas, popular, popularizante, culturas hegemónicas y subalternas. Sin duda, el pensamiento marxista permeó en parte a la sociología y le imprimió el sesgo de la formación económica y social como determinante de las culturas en su dimensión ideológica de las clases sociales.

Una tradición de la antropología es estudiar sociedades en proceso de extinción, apartadas de los centros urbanos; exóticas, primitivas o tradicionales. Por su parte, la sociología concentró sus estudios en lo urbano, lo industrial, lo nacional, los movimientos sociales y las revoluciones, lo cual explica en buena medida las diferencias que en sus comienzos mantuvieron, en medio de sus acercamientos, las dos disciplinas sobre la cultura. En su desarrollo, la antropología incursionó en las ciudades, fábricas, educación citadina, el tema urbano, los movimientos migratorios y las nuevas tecnologías de información, redimensionando y elaborando su quehacer y sus teorías sobre la cultura. La sociología, por su parte, analiza con mayor frecuencia a las comunidades, en los estudios de caso, en las historias de vida, en lo regional, en lo micro. Las direcciones en los objetos y sujetos de estudio de las dos disciplinas han posibilitado la convergencia del uso, aplicación y desarrollo del estudio de la cultura. Hoy presenciamos que la antropología y la sociología trabajan en casi todos los campos posibles del quehacer científico social.

Explorando el concepto de cultura

Son diversos los estudios realizados por los científicos sociales en torno a la cultura, es decir, sobre todo lo que el hombre ha hecho para su vivencia espiritual y material. Por ello, son variadas las definiciones que las distintas disciplinas sociales usan para definir y comprender la cultura en sus aspectos sociales, económicos, políticos, religiosos y nacionales. En este sentido, bosquejaremos algunas definiciones centrales utilizadas en ciencias sociales.

En los diccionarios sociales, encontramos que la palabra cultura proviene del latín *cult*, que etimológicamente significa “cultivo”, es decir, que en su origen estuvo asociada al término “agricultura”, lo que denotaba que los hombres del campo poseían conocimientos que les permitían cultivar, para posteriormente cosechar. El derivado *cult* también se relaciona con el “culto”: con los ritos y las prácticas religiosas dedicadas a los dioses, la naturaleza o los seres sobrenaturales. Las ciencias sociales y humanas han utilizado el concepto de cultura para designar los tipos de conducta socialmente adquiridos y transmitidos por medio de procesos familiares y sociales. Comprende el lenguaje, las realizaciones materiales, la industria, el gobierno, la ciencia, el derecho, la política, la formas de organización social, las artes, la comunicación, las tradiciones, las costumbres y en general todas las cosas que inventa, produce y transforma la humanidad. Podemos decir que la cultura es la característica distintiva de los hombres en sociedad, por ello su importancia sociológica; pues todos los seres humanos sin distinción poseen una cultura, independientemente del nivel educativo que se tenga o de la cantidad de libros leídos.

Los antropólogos han sido defensores constantes de las culturas, y a partir de esa actitud se generó la escuela del relativismo cultural, que considera a todas las culturas en el mismo nivel, ni mayores ni menores, ni mejores ni peores; sino parte de la idea de que toda cultura es funcional en sí misma, y lo que una cultura sanciona, otra puede premiar o permitir. Proceder a criticar, sancionar, menospreciar, devaluar o combatir una cultura por sus prácticas, formas, pensamientos, contenidos, valores, usos, costumbres o patrones corresponde a una actitud mental conceptualizada como etnocentrismo, es decir, que califica como positivo lo que se enmarca dentro de los límites de la propia cultura, pero se descalifica a las culturas ajenas, por ser diferentes y distanciadas de nuestros modos de vida, que suelen ser considerados superiores. El etnocentrismo conduce de manera inevitable al exclusivismo cultural, pues a partir de los prejuicios establecidos por la dominación y la autosobreestimación rechaza a las culturas no dominantes o hegemónicas, subestimándolas en todas sus dimensiones, dificultando la interacción y el diálogo entre culturas, debido a la discriminación cultural a que son sometidos los grupos sociales no hegemónicos.

La situación señalada induce a dos realidades: la resistencia cultural de los afectados contra la imposición de la cultura dominante; y a los procesos de aculturación, consistentes en la imposición forzada y coactiva de la cultura dominante, tal como se presentó con la llegada de los conquistadores españoles al continente que denominaron América, mediante el uso de la espada y la religión contra las culturas indígenas de esos tiempos. Dependiendo de la situación social, política, económica, ideológica e institucional, así como de las condiciones de los grupos étnicos o sociales expuestos a la interacción cultural se dan las intensidades o niveles de la defragmentación cultural, los cuales siempre se debaten en procesos continuos y discontinuos, pero interactivos, de resistencia, adaptación y cambio, presentando en tiempos y circunstancias mayor resistencia que adaptación, y en otros mayor adaptación con sus inevitables transformaciones culturales.

Debido a la interacción permanente, la misma resistencia cultural o resistencia al cambio contiene en lo profundo y en lo manifiesto elementos de adaptación y de cambio, de manera que la resistencia no se puede ejercer sin cambio, sin transformaciones en los pensamientos y en los hechos que contienen a la misma resistencia. El cambio, o las nuevas condiciones, también conlleva elementos del pasado, de resistencias, de aspectos que contradicen los determinantes de lo nuevo, pero que en ese interactuar se dinamiza y desarrolla la cultura, las identidades y las socializaciones de cada grupo, en articulaciones y desarticulaciones que dependen de las fortalezas y debilidades culturales y sociales de cada grupo étnico, social, religioso.

La primera definición, y la más citada por los estudiosos de las culturas, es la que elaboró el inglés Edward Tylor en 1871: "Cultura es la totalidad compleja que

incluye conocimientos, creencias, arte, ley, moral, costumbres y cualquier otra capacidad y hábitos adquiridos por el hombre en cuanto miembro de una sociedad". Esta definición fue dominante en la antropología estadounidense, así como en las primeras escuelas de antropología latinoamericana, mediante la influencia que ejerció Franz Boas.

Quizás la idea central en la definición de Tylor es la de "totalidad compleja" que, por supuesto, incluye todas las prácticas materiales, artísticas, mentales y espirituales. Para este autor, los diferentes elementos de la cultura se encuentran en proceso de evolución y presentan pautas variadas que pueden estar o no ligadas entre sí. Este concepto amplio de cultura indica nexos importantes que existen en todos los elementos de la historia.

Malinowski, al igual que Sapir, considera relevante la herencia social en la transmisión cultural, y para ellos la cultura comprende no sólo los artefactos, los procesos técnicos, los bienes, sino también las ideas, los hábitos y los valores heredados. De aquí se deriva la clásica afirmación de la tradición cultural, en buena medida planteada por Linton y Margaret Mead. El concepto de cultura fue central en la obra de Malinowski y constituyó las premisas hipotéticas en su investigación de campo. La definición sobre cultura poco difiere de la planteada por Tylor, y de lo expuesto por Radcliffe-Brown en sus estudios de comunidad. Otra contribución al pensamiento, teoría y praxis antropológicos se halla en su obra clásica *Argonautas del Pacífico*, que plantea el conflicto al interior de la cultura en la sociedad Trobriand, manifestado a través de roles, obligaciones recíprocas, ejercicio y lucha por el poder y rivalidades entre los nativos.

George Murdok dirigió en 1937 la *Guía para la clasificación de datos culturales* a partir del estudio de más de 150 grupos humanos de diversas partes del mundo, sirviendo de soporte para la elaboración de bases de datos, etnografías, monografías, artículos científicos y fuentes históricas. Murdok trabajó de manera particular el proceso del cambio cultural, desarrollando dos tesis de gran valía en las comprensiones de la cultura: "Una característica fundamental de la cultura, es que, a pesar de su naturaleza esencialmente conservadora, cambia de tiempo en tiempo y de sitio a sitio". Una afirmación que impactó fue: "La cultura es producto del aprendizaje y no de la herencia" (Murdok, 1993: 348), pues con ella manifestaba su no aceptación de la herencia cultural.

En el mismo sentido, Shapiro (1993: 348) considera que "la cultura es parte del aprendizaje y no de la herencia. Las culturas del mundo son sistemas de hábitos colectivos. Las diferencias observables entre ellas son el producto acumulativo del aprendizaje masivo bajo diversas condiciones sociales y geográficas". Apunta también que una característica importante de la cultura es que cambia en el tiempo y

en el espacio, a pesar de su esencia conservadora. En esta dinámica cultural, los hábitos compartidos por una sociedad son diversos, y éstos pueden ser de acción o de pensamiento, a los cuales sugiere que se les puede denominar, en el primer caso, “costumbres”, y en el segundo “ideas colectivas”.

A decir de Shapiro, “entre las costumbres se incluyen modos de conducta observables como etiqueta, ceremonial y las técnicas de manipulación de objetos materiales. Las ideas colectivas no son directamente observables, sino que deben inferirse de sus expresiones en el lenguaje y otros tipos de conducta abierta. Entre éstas se encuentra el conocimiento práctico, las creencias religiosas y los valores sociales” (Shapiro, 1993: 349).

Shapiro también diserta sobre el cambio cultural, el cual tiene que ver directamente con la conducta social, que de manera relevante se presenta con las alteraciones en las condiciones de vida de la sociedad. “Cualquier suceso que cambie la situación en la cual se da la conducta colectiva, de tal modo que se rechacen las acciones habituales y se dé preferencias a nuevas respuestas, pueden llevar a innovaciones culturales” (Shapiro, 1993: 350). Esas innovaciones culturales se registran a través de nuevos hábitos compartidos socialmente, aunque en su origen se realicen por uno o varios individuos.

Desde la sociología estructural-funcionalista, la cultura presenta variaciones en las distintas sociedades y cumple funciones que permiten mantener las estructuras sociales. En este campo, Parson aportó elementos de comprensión de la cultura en sus estudios sobre la desviación social, la agresión, la anomia, la acción y el cambio social, con reflexiones acerca de las jerarquías culturales. En cierto sentido es un planteamiento contrastante con la escuela antropológica del relativismo cultural.

Max Weber, uno de los mayores exponentes de la sociología del siglo xx, nunca definió de manera directa el concepto de cultura; sin embargo, realizó profundos estudios sobre las relaciones entre los individuos y la sociedad. Consideró que estas interrelaciones humanas se caracterizan por la conducta significativa de una pluralidad de actores sociales. Según Weber, la cultura tiene que ver en gran medida con los valores, y la validez de éstos se relaciona directamente con la fe y no con los conocimientos, de modo que los procesos culturales se forman y reforman permanentemente, lo cual obliga en consecuencia a que las ciencias sociales cambien. Establece una diferencia entre civilización y cultura; a la primera la identifica con la tecnología y con todos los productos de la sociedad, mientras que la segunda se refiere a los aspectos subjetivos de la vida, como la religión, las normas y las artes.

El sociólogo William Thomas, en su publicación de 1951 titulada *Conducta social y personalidad*, planteó la teoría de la desorganización social, la cual se encuentra presente en todas las sociedades y en todos los tiempos. El análisis se sus-

tenta en la conducta humana y en las condiciones sociales y culturales que están en acción recíproca de gran complejidad. Para el autor, la sociedad debe estudiarse en unidad con la acción social y la cultura, esta última conformada por los valores materiales y sociales que posee toda sociedad.

Cultura y personalidad (Margaret Mead, Ruth Benedict, Kardiner-Linton) es una de las principales escuelas de pensamiento cultural del siglo xx, iniciada en los años treinta por Franz Boas en los Estados Unidos. Una concepción extrema de la diversidad cultural es la esencia de este pensamiento: “La cultura incluye todas las manifestaciones de los hábitos sociales de una comunidad, las reacciones del individuo en la medida en que se ven afectadas por las costumbres del grupo en que vive, y los productos de las actividades humanas en la medida en que se ven determinadas por dichas costumbres” (Boas, 1930: 74). Esta teoría se desarrolló después con especial énfasis en el comportamiento humano y en todos los aspectos que se vinculan con él, sobre todo las llamadas “pautas culturales”.

Para Kroeber, discípulo de Boas, la cultura es toda una estructura que se basa en enseñanza y aprendizaje (formal o informal): “[...] la mayor parte de las reacciones motoras, los hábitos, las técnicas, ideas y valores aprendidos y transmitidos —y la conducta que provocan— esto es lo que constituye cultura” (Kroeber, 1948: 8-9).

Pitirim Sorokin, sociólogo de origen ruso, catedrático en la Universidad de Minnesota y profesor fundador del Departamento de Sociología de la Universidad de Harvard, plantea en sus cuatro tomos de *Dinámica social y cultural* que la cultura es “la suma total de todo lo creado o modificado por la actividad consciente o inconsciente de dos o más individuos que actúan el uno sobre el otro o que la conducta del uno determina la del otro” (Sorokin, 1941: 3). El sentido de cultura se define en términos de la interacción social; es decir, como un sistema de significaciones que es comunicable y que tiene interacción entre dos o más individuos. Para expresar esas dos cualidades de la cultura, Sorokin acuñó el concepto de “sistema sociocultural”, el cual consta de cinco elementos básicos: lenguaje, religión, artes, ética y ciencia.

Talcott Parsons, colega de Sorokin, considera que la sociología debe investigar los fenómenos de la acción social, a partir de tres sistemas analíticos: social, cultural y el de la personalidad. En su libro *La estructura de la acción social*, define a la cultura como el producto del sistema de interacción social humana, así como también el determinante de ese mismo sistema. La cultura hace referencia a los productos materiales y espirituales de la interacción, por ello no debe confundirse a la cultura con la interacción social como tal. De acuerdo con su maestro Malinowski, sostiene que la cultura es transmitida, aprendida y compartida. Los tres sistemas se hallan en una compleja relación de interdependencia.

George Devereaux (1956) señala que “cada sociedad tiene su propia cultura, que puede ser definida brevemente como su ‘modo de vida’. La tendencia en que caen algunos científicos sociales e historiadores, la de usar los términos ‘sociedad’ y ‘cultura’ intercambiándolos es lamentable, y tiene como resultado una confusión considerable. Realmente, la sociedad es simplemente un grupo organizado de individuos. La cultura, por lo contrario, es un grupo organizado de ideas, hábitos y respuestas emocionales condicionadas, compartidas por los miembros de una sociedad. En la práctica, la sociedad y la cultura están siempre unidas, ya que sin cultura, un grupo de individuos no es una sociedad, sino meramente un colectivo. Un gran partido de fútbol puede juntar miles de personas, unidas por un interés común y reaccionando al unísono a un estímulo, tal como la prórroga o una caída, pero cuando termina el juego, el colectivo se disuelve. Las sociedades deben estar unidas el tiempo suficiente para desarrollar técnicas de vida y de trabajo en colectividad. La organización de todas las sociedades y la existencia de cualquier sociedad como tal dependen de la cultura. Es el compartir las ideas, hábitos, actitudes, etcétera, lo que hace posible que un grupo de individuos se organice y funcione como una sociedad” (citado por Bohannan y Glazer, 1993).

Beals y Hoijer, en 1965, comentaron que “la cultura no está restringida a ciertos campos especiales de conocimientos; abarca los modos de comportamiento derivados de la esfera total de la actividad humana [...]. La cultura no sólo incluye las técnicas y métodos del arte, la música, la literatura, sino también los utilizados para hacer alfarería, coser vestidos o edificar casas. Entre los productos de la cultura encontramos libros cómicos y canciones callejeras populares al lado del arte de Leonardo da Vinci y la música de Johann Bach. El antropólogo no emplea el contraste ‘culto’ frente a ‘inculto’, porque esta distinción de uso popular sólo representa una diferencia en la cultura, pero no su ausencia o presencia” (Beals y Hoijer, 1971: 6).

Los autores plantean que “el término cultura tal como es usado por el antropólogo puede aplicarse: 1) a las formas o ‘modelos’ de vida comunes en cualquier tiempo a toda la humanidad; 2) a los modos de vida peculiares de un grupo de sociedades entre los que hay un mayor o menor grado de interacción; 3) a los tipos de comportamiento peculiares de una sociedad dada, y 4) a formas especiales de comportamiento características de las diversas secciones de una sociedad vasta y de organización compleja” (Beals y Hoijer, 1971: 14).

Daniel Bell, profesor de la Universidad de Harvard y destacado sociólogo mundial, considera que el sistema capitalista requiere de la expansión permanente, a través del principio de la racionalidad, para afrontar y resolver los problemas económicos, de organización y de funcionamiento. Este sistema hace que en su cultura predominen los valores de signos opuestos, lo cual conlleva a un choque entre éstos,

generando contradicciones culturales en el capitalismo, al poner en riesgo la estabilidad del sistema. Dice Bell que “la cultura, para una sociedad, un grupo o una persona, es un proceso continuo de sustentación de identidad mediante la coherencia lograda por un consistente punto de vista estético, una concepción moral del yo y un estilo de vida que exhibe esas concepciones en los objetos que adornan a nuestro hogar y a nosotros mismos, y en el gusto que expresa esos puntos de vista. La cultura es, por ende, el ámbito de la sensibilidad, la emoción y la índole moral, y el de la inteligencia, que trata de poner orden en esos sentimientos” (Bell, 1989: 47).

Serena Nanda: “En la antropología cognoscitiva, la cultura es definida como un ‘programa detallado para la acción’ (no la acción en sí misma), una ‘gramática’ o sistema de reglas para la conducta, y un ‘código’ que el trabajo del antropólogo tiene que descifrar. Lo que la gente aprende cuando aprende ‘cultura’ no son sólo costumbres, sino formas de organizar la experiencia. [...] Algunas veces los miembros de una sociedad saben y pueden decir al antropólogo los patrones y reglas que subyacen a su conducta; otras veces no están conscientes que un aspecto de su cultura está modelado culturalmente. Es entonces tarea del antropólogo encontrar patrones mediante sus observaciones e investigaciones” (Nanda, 1982: 47).

Para la semiótica de la cultura, que surge de la escuela de Tartú/Moscú, con Lotman y Uspenskji, la cultura presenta un comportamiento constante de almacenamiento de información que puede ser traducida o no y que se va clasificando de un modo particular.

Para Pierre Bourdieu, los sujetos sociales se diferencian por las distinciones que realizan: lo insípido, lo feo, lo vulgar, lo sabroso, lo bello, el arte y el gusto que son parte inseparable de las clases sociales y de los estilos de vida relacionados con el *habitus* social. De esta manera, “los miembros de las diferentes clases sociales se distinguen menos por el grado en que *reconocen* la cultura que por el grado en que la *conocen*” (Bourdieu, 1991: 321).

A fines de la década de 1960, algunos antropólogos pretendieron relevar la antropología cultural por la antropología simbólica. Esta última considera a la cultura como un sistema compartido de símbolos y significados. Una ilustración de Clifford Geertz, a partir de lo que denomina Gilbert Ryle “descripción densa”, permite entender esto: “Consideremos —dice el autor— el caso de dos muchachos que contraen rápidamente el párpado del ojo derecho. En uno de ellos el movimiento es un tic involuntario, en el otro una guiñada de conspiración dirigida a un amigo. Los dos movimientos, como movimientos, idénticos; vistos desde una cámara fotográfica, observados ‘fenoménicamente’ no se podría decir cuál es el tic ni cuál es la señal ni si ambos son una cosa o la otra. Sin embargo, a pesar de que la diferencia no puede ser fotografiada, la diferencia entre un tic y un guiño es enorme, como sabe

quien haya tenido la desgracia de haber tomado el primero por el segundo" (Geertz, 1991: 21).

Lo que Geertz dice es que el que guiña un ojo está comunicando. Está comunicando deliberadamente a alguien en particular, con el propósito de transmitir un mensaje de acuerdo con un código establecido socialmente. "Un pestañeo de un párpado no es cultura [...]. Un guiño es cultura" (*ibid.*).

Dadas las diferentes conceptualizaciones de cultura, es entendible que no existe una sola cultura, sino más bien confluyan varias en los distintos contextos territoriales. Se desprende, por lo tanto, que existen culturas: nacional, regional, local, obrera, campesina, indígena, popular, burguesa, de la clase media, etcétera, que se sustentan en aspectos objetivos y subjetivos del vivir de las personas. También podemos inferir que los conjuntos sociales pueden poseer elementos de diversas culturas, como por ejemplo compartir la cultura nacional con la obrera o la indígena.

Para Carlos Monsiváis (1981), la cultura nacional es una o varias de las siguientes posibilidades:

- La suma de aportes específicos que una colectividad le añade a la cultura universal.
- El espacio de relación y de fusión de las tradiciones universales, de acuerdo con las necesidades y posibilidades de la minoría ilustrada.
- El espacio de encuentro de las clases sociales.
- La versión (que mezcla criterio clásico y gusto de moda) de la cultura universal tal y como se le registra en un país dependiente.
- La síntesis de los procesos formativos y las expresiones esenciales de la colectividad, tanto en el sentido de liberación como en el de opresión. Así, pertenecen igualmente a la cultura nacional la falta de tradiciones democráticas y el imperialismo, el machismo patriarcal y la participación femenina en las luchas revolucionarias.
- Lo que, en una circunscripción territorial distintas clases sociales reivindican diversamente como suyo: tradiciones, rupturas, cánones artísticos, ciencias y humanidades, costumbres. Es el resultado de las aportaciones esenciales del idioma, la religión, la literatura, la música, la política, la sociología, la historia, la vida cotidiana.
- La síntesis entrañable que una colectividad (unidad a la fuerza) hace de sus enfrentamientos y derrotas, de su vinculación con el mundo y de sus aislamientos, de sus mitos y de sus realidades.

Si consideramos los argumentos de Monsiváis, encontramos que los mexicanos tienen un pasado relacionado con la colectividad, que tiene el español como lengua

hegemónica y más de 82 lenguas indígenas, que posee una delimitación territorial y unos símbolos de identificación nacional: bandera, escudo, himno nacional.

También los mexicanos tienen procesos históricos comunes, reconocidos como parte de su historia: la herencia del esplendor prehispánico, el martirio de Cuauhtémoc, el mito guadalupano, la heroica Independencia, el cura Hidalgo, la pérdida de más de la mitad de su territorio —anexado a Estados Unidos—, los Niños Héroes, el Porfiriato, la Revolución, el movimiento estudiantil del 68, la integración al Tratado de Libre Comercio, entre muchos otros procesos de construcción histórica y cultural que el Estado monopoliza y los convierte en sentimiento histórico y popular. Esa generalidad pone de manifiesto una cultura nacional compartida por casi la totalidad de los mexicanos; pero también existen diversas asociaciones y grupos con significativas distinciones de clase social, étnica, género, religión, preferencia sexual, creencias morales o políticas, que aluden a formas de vida y costumbres diferentes, lo que hace presente la diversidad cultural, es decir, un país multicultural, con significativas diferencias culturales.

A partir de las anotaciones anteriores es perceptible comprender la relación que puede existir entre cultura e identidad, sin que sea mecánica, pero que dependiendo de los contextos y las realidades objetivas y subjetivas es posible; de manera que suele decirse que la cultura es un aspecto determinante de la identidad de un grupo social o étnico.

La identidad cultural aduce entonces a todos los aspectos materiales, simbólicos e imaginarios de un colectivo que se identifica con esa determinada cultura, que les otorga pertenencia a ese grupo social y a esa cultura, pero que también establece diferencias con otras culturas, es decir, fronteras en diversas dimensiones culturales. A esa identificación y pertenencia los antropólogos y sociólogos, usualmente, la denominan membresía, la cual implica sentirse miembro del grupo y también ser reconocido por él.

La cultura es una manera de vivir, es la cotidianidad de los grupos sociales. También es una manera de sentir, esto es, la forma en que se percibe la vivencia; y también es un modo de pensar, de concebir la vida, de comprender la existencia, de reelaborarla, de recrearla, de mentalizarla. Todo eso se relaciona con lo material y lo espiritual, con las recreaciones artísticas, con las costumbres, las leyes, la alimentación, las festividades, las creencias, los mitos, los ritos, la convivencia social, las maneras de hacer política, los comportamientos sociales y todo aquello que directamente afecta a los conjuntos sociales en su vivir, sentir y pensar.

Las culturas tienen expresiones múltiples, a tal grado que llegan a la cocina y al comedor de las casas. Sus manifestaciones se presentan en la preparación de los alimentos, en lo que se come y la forma en que esto se hace. Los europeos con-

sumen usualmente el trigo, los asiáticos, el arroz, y los latinoamericanos, el maíz. Los estilos de alimentarse son diversos, aún en pleno proceso de globalización: se usan palillos, se sopea con tortilla y se utilizan cuchillos y tenedores para comer en la sociedad occidental.

En Corea, por ejemplo, un guisado de perro (*boshintang*) es uno de los platos más tradicionales que seguramente no comeremos los de Occidente, y el choque cultural gastronómico se presenta de inmediato, por lo que han sido muchos los escándalos y los problemas suscitados por este succulento platillo coreano, cuya tradición culinaria se pierde en el pasado de los primeros siglos antes de Cristo.

Basta recordar que en el mundial de fútbol de 2002, el presidente de la Fifa, Joseph Blatter, solicitó al gobierno de Corea prohibir el sacrificio de perros destinados a la gastronomía durante el evento deportivo, generando todo un problema que trascendió a la institución deportiva y que llegó a niveles de la política internacional. Y es que para los coreanos el perro tiene propiedades preventivas y curativas para la salud, y lo degustan con la misma satisfacción que un filete de carne de res, cerdo, ternera, o cabrito, acompañado de vino de arroz (*makgeolli*).

Pero también la cultura se entreteje con el tiempo libre, el espectáculo y el deporte. Este último, uno en los que más participan la juventud y la niñez en América Latina, ha sido utilizado por la política gubernamental para acrecentar nacionalismos, mediante la combinación de los símbolos patrios con el deporte. También ha sido convertido en deporte-espectáculo que desentraña un simbolismo y canaliza sentimientos de reclamo de solidaridad y justicia social por parte de la mayoría de la población. Leves Janet, en su libro *La locura por el fútbol* (1985: 21), dice que “el deporte pertenece al mundo del juego y el tiempo libre, y sin embargo las elites de los negocios, los medios de información, los gobiernos y los dirigentes políticos reconocen su potencial para lucrar, diseminar propaganda y provocar orgullo”.

Sociedad y cultura

El devenir humano está presente en las diferentes organizaciones sociales, tanto en las más simples como en las más complejas. El hombre como tal no ha vivido aislado y sus procesos sociales, culturales y personales están en estrecha relación con otros individuos. Las sociedades y las culturas que han surgido como consecuencia de las diferentes formaciones socioeconómicas han sido producto de un largo periodo de transformación social, o sea, de cambios que se generaron en las sociedades por efecto del desarrollo de las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, entre las diferentes clases y grupos sociales, las cuales permiten los cambios en las sociedades.

Las distintas organizaciones sociales que han conformado los hombres han tenido y tienen su propio escenario cultural y social, establecido a través de normas, ideas, hábitos, costumbres, religión, política y formas de organización.

En este sentido, la cultura es entendida como todo aquello que ha sido producido y aprendido por los hombres, en un sentido amplio. De igual forma que se expresa en la ideología alemana, la cultura se identifica con “la completa y multiforme producción de todos los hombres en la tierra” (Marx, 1974: 39); es decir, productos no naturales. La cultura también se puede estudiar a partir de la formación social y de los modos de producción, categorías propias del materialismo histórico. Esto es, lo que se explica y se entiende por cultura se expresa en su relación con la categoría de la formación económico-social, que incluye las contradicciones internas desarrolladas en el seno del modo de producción de la sociedad.

Al aceptar la cultura como la creación de los hombres, se comprende como aquella que es generada por particulares estructuras sociales, y como tal es producto de relaciones sociales. En este entender, la sociedad otorga sentido a la cultura, y no de la manera que pregonan los idealistas, quienes la definen como sistemas de símbolos o de conocimiento que actúan sobre el orden general de la existencia, otorgándole sentido a la sociedad.

La comprensión social y cultural del hombre es incompleta si no se hace en función de las fuerzas que intervienen en cada contexto socioeconómico, históricamente determinado. En las sociedades con clases antagónicas, la cultura no puede ser entendida así, sin considerar la estructura económica de las clases propias de la formación social. Sobre la base de esta matriz económica se levanta, según la metáfora marxista, la superestructura social que consta de dos instancias fundamentales: la jurídico-política y la ideológica.

En este sentido, el modo de producción establecido por la unidad dialéctica de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción proporcionan un modelo teórico para abordar el problema. En el modo de producción, el papel decisivo lo juegan las fuerzas productivas, “las relaciones sociales están íntimamente vinculadas a las fuerzas productivas, los hombres cambian de modo de producción y al cambiar su modo de ganarse la vida, cambian también en todas sus relaciones sociales [...]” (Marx, 1972: 90-91).

Para el marxismo clásico, la cultura es comprendida en su dimensión clasista, articulada a la ideología con prácticas sociales que corresponden a los intereses objetivos de cada clase social. La cultura forma parte del ámbito de la superestructura social y refleja la estructura económica, que se encuentra en manos de la burguesía y los terratenientes. Es decir, la cultura, así como la literatura y el arte y todas las de-

más manifestaciones artísticas, pertenecen a determinada clase social, sin que exista la posibilidad de estar al margen o por encima de ella.

Una primera observación rescatable del estudio de las sociedades, a partir de la concepción marxista que señala que la “historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases”, es la dimensión clasista de la cultura. La cultura dominante o hegemónica y las culturas subalternas o dominadas quedan establecidas con base en la división de clases sociales, que tienen que ver con la participación en el poder y de la cultura que de éste se deriva.

En el pensamiento marxista, en las sociedades divididas en clases sociales, coexisten las culturas burguesa, democrática, proletaria, reaccionaria y socialista. La cultura burguesa ocupa el lugar dominante en razón del predominio que tiene en la estructura económica y social, por eso la cultura no puede ser estudiada al margen de la estructura y de cada peculiar formación económica y social en que se encuentre. Al respecto, Ernest Gellner (1993: 24) señala que la cultura no siempre refleja de la misma manera a la superestructura. Hay formas radicalmente diferentes en que el sistema de señales y signos (cultura) puede relacionarse con el sistema de roles o posiciones que constituyen una sociedad.

De acuerdo con García Canclini, la cultura “[...] incluye todas las actividades, materiales e ideales, de todos los hombres [...] sin importar el grado de complejidad y desarrollo alcanzados” (1987: 18); es decir, se considera a la cultura en sus aspectos objetivo y subjetivo, esto es, como manifestación del ser social y como factor de identificación subjetiva, que contempla las actividades tanto intelectuales como manuales del hombre en sociedad, cualquiera que sea su forma o contenido. En este tenor, la cultura subalterna se define así por su posición respecto a las clases sociales en determinada sociedad y no por su contenido en términos de valores.

Las investigaciones sociales han demostrado la existencia de diversas formas de organización social y de sistemas culturales de los distintos conglomerados humanos en el transcurrir de la historia de la humanidad. Esto obliga a abordar el tema de la sociedad y la cultura en su forma específica, es decir, en su peculiar formación económica-social. Cuando hablamos de sociedad, nos referimos al modo como se organizan los diferentes grupos humanos en toda su generalidad. Ésta depende de factores geográficos, históricos, climáticos, políticos, sociales, culturales y del modelo de producción y distribución, los cuales orientan y regulan la vida colectiva de la comunidad.

La sociedad y la cultura coexisten en procesos que están en periodos de equilibrio y desequilibrio. Sin embargo, la existencia del hombre está estructuralmente ligada a una determinada cultura y organización social, de tal manera que cuando el hombre nace ya hay todo un escenario cultural y social en donde habrá de vivir. La participación, como tal, empieza desde el nacimiento: nace siendo miembro

de una familia, de una cierta clase social, una nacionalidad, un sexo y una etnia; todas estas variables le determinan una inserción en la sociedad; es decir, le condicionan un marco social a las personas, las cuales se relacionan con individuos de su misma clase.

Los diversos estudios sociales son elocuentes en cuanto a que las personas establecen relaciones de parentesco, de trabajo y amistad con quienes pertenecen a su mismo estatus; la clase social a la que pertenece. En general, podemos decir que va condicionado al quehacer de la persona; es un elemento, si bien no el único, sí determinante en la totalidad de la realidad humana. En otras palabras, la clase social incide en el individuo en cuanto a su entorno social y cultural.

En función de lo expuesto, la transmisión del marco de referencia cultural establecido a través de normas y valores se asume ante las diversas realidades, dependiendo, en sentido gramsciano, de si la cultura es hegemónica o subalterna.

En las sociedades llamadas comúnmente “complejas”, donde existe una gran división social del trabajo, clases dominantes y clases dominadas, alta acumulación de capital, desarrollo tecnológico, automatización, etc., la cultura subalterna es subordinada porque no concuerda con los intereses, actitudes, valores y concepciones del mundo de los grupos dominantes. Así, las clases y grupos sociales con poder político y económico ejercen presiones sociales y culturales para con las clases y grupos subalternos, pues resulta claro que la cultura de las “élites” no es igual a la de los grupos subalternos. En esta comprensión gramsciana, las culturas indígenas, afrodescendientes, campesinas, regionales, y, en general, populares son subordinadas por ser subalternas de la cultura hegemónica dominante; coexisten en desigualdad; interactúan en esa condición de disparidad; hay influencias en los dos sentidos pero con mayor énfasis de la cultura hegemónica a la subalterna, y no necesariamente conduce a la desaparición de las dominadas.

En las dinámicas de la población, los migrantes se enfrentan a nuevas realidades sociales y culturales. Tal situación, que tiene que ver con la pérdida de su entorno habitual, dificulta de manera seria la inserción en el nuevo medio social, el cual los hace entrar en contradicción con esa nueva cotidianidad, al presentarse progresivamente una pérdida de identidad social y cultural.

Pero no sobra precisar que estos cambios tienen su particularidad en función del espacio y del tiempo, o sea, la situación del migrante no se reduce al problema descrito. Es claro que todos los grupos manifiestan su propio modo de vida al enriquecer, innovar y hacer más compleja su respectiva cultura, mediante la recreación de sus más representativas costumbres y hábitos.

En general, las culturas tienden a caminar de esta manera, ligadas por supuesto a los pueblos o naciones respecto a los cuales mantienen sentimientos de profundo

apego y lealtad. Pero en el estudio de las culturas se ha comprobado que éstas se desarrollaron con préstamos, intercambios e imposiciones de otras culturas.

Ruth Benedict, en sus estudios del desarrollo de la cultura (Shapiro, 1980: 254-255), plantea que las culturas han avanzado poderosamente al tomar prestadas técnicas e ideas de otras culturas. Ejemplos de contactos y préstamos culturales es el enriquecimiento constante en la variedad de los alimentos que fueron domesticados en regiones opuestas y distantes de América. El café que fue cultivado originalmente en Abisinia, ahora es asociado particularmente con los dos países principales en su producción y exportación: Brasil y Colombia. El maíz, originario de México, y la papa, de Perú, son actualmente el alimento básico de muchos pueblos de África. La presente gastronomía europea tiene como base los condimentos de origen vegetal provenientes de los continentes americano y africano. En todo el mundo se consume trigo y cebada, originarios del cercano Oriente. El arroz y la soya, procedentes de China, son parte de la dieta de millones de personas en América, Asia y Europa. El azúcar y el banano, originarios de Asia, forman parte del consumo diario en la mayoría de los países de América Latina y del Caribe. De América también el mundo adoptó algunos préstamos culturales alimenticios, como los frijoles, el tomate, el chayote, los chiles, el cacao, la guayaba y la papaya, entre muchos otros productos.

La paradoja sobre estas riquezas naturales y su aporte al mundo que desde tiempos prehispánicos viene realizando América Latina es que las grandes potencias intensifican su apropiación mediante patentes y piratería biológica de estos productos originarios de nuestra América. Esta situación, enfocada desde la cultura, supera los conceptos de “contacto cultural”, “difusionismo cultural” y “préstamo cultural”, pasando a lo que considero puede denominarse “cultura expropiada”.

Retomando la idea expuesta sobre cultura, podemos decir que ésta se encuentra estrechamente ligada a los distintos modos de vida de los grupos sociales, donde las pautas culturales y las conductas de las personas, una vez aprendidas, se presentan de manera instintiva y automática, sin que el individuo se percate de que actúa en correspondencia con una cultura determinada.

Las bases de la cultura se adquieren por transmisión familiar y social; la otra parte se construye o recrea con las dinámicas de la sociedad en que se vive, siendo importante en su configuración las instituciones sociales y políticas. La sociedad se puede entender como el conjunto de instituciones y de personas que actúan entre sí con propósitos comunes, mientras que la cultura significa las formas de vida de las personas de cada sociedad.

A partir de esta concepción, es menester comprender que la cultura no se crea y recrea fuera de la sociedad, o aislada de ésta; sino todo lo contrario, la cultura inte-

ractúa de manera directa con la sociedad, lo que hace que ambas tengan elementos permanentes de continuidad, cambio, transformación y muchos otros novedosos.

Buena parte de los componentes de la cultura los expresan las poblaciones, mediante ceremonias y rituales. En nuestra sociedad son comunes los rituales para los recién nacidos, el bautismo, el paso a la adolescencia, los grados de estudio obtenidos, el matrimonio y la muerte, entre muchos otros. Un ejemplo elocuente de una manifestación cultural en México es el ritual dedicado a los muertos que se realiza en el mes de noviembre. Las comunidades indígenas se expresan colectivamente en torno a sus antepasados, fortalecen la solidaridad social y familiar, además de transmitir las costumbres a las nuevas generaciones. Mediante la tradición oral, los indígenas reactivan la memoria colectiva en cuanto a lo que ha sido su pasado y su recrear en el presente, de acuerdo con sus nuevos contextos (Sandoval, 1994).

La cultura también tiene expresiones artísticas, las cuales frecuente y erróneamente se usan indistintamente como cultura: teatro, poesía, música, danza, baile, vestimenta, canto, indumentaria, mitos, ritos, ceremonias, literatura, cultos, símbolos y artesanías. Es cierto que todo ello forma parte de una cultura que lo refleja en sus manifestaciones explícitas y latentes, pero son expresiones del ámbito artístico que significan tan sólo esa dimensión y no la totalidad de la cultura.

Con los ejemplos expuestos es pertinente aludir a los desplazamientos sociales que tienen las culturas mediante préstamos, imposiciones, traslapes, mutaciones, aculturación o sincretismos entre todo un grupo o en estratos sociales diferenciados por poder económico, político o de prestigio social, religioso o cultural. Ésta es una de las tantas realidades socioculturales, consistente en el proceso de interculturalidad social.

La cultura desde lo global

Si algo caracteriza al mundo moderno es aquello que se ha dado en llamar “aldea global”; es decir, la expansión de los medios de información y comunicación, lo cual puede ejemplificarse con el desarrollo de Internet —la supercarretera de la información. Pero, paradójicamente, se amplía la comunicación global y se avanza en la homogeneización de valores; así como también se refuerzan los movimientos culturales de diversos países para reafirmar las diferencias etnoculturales.

En este contexto, la cultura se redimensiona y es necesario preguntar: ¿Todos los grupos sociales tienen la misma oportunidad de utilizar los avances generados en las últimas décadas?, ¿qué necesitarán los grupos para participar en una sociedad inmersa en una dinámica global? Las diferencias económicas, sociales y culturales son reales: una minoría de la población utiliza las telecomunicaciones, el internet,

la robótica y los adelantos más significativos de la medicina; mientras que la gran mayoría de la gente se debate en condiciones de miseria, marginada de los grandes adelantos científicos y técnicos. De tal manera, existen millones de personas que ni siquiera tienen acceso y no han ocupado el teléfono ni una sola vez en su vida, carecen de electricidad, entre muchos otros servicios, a pesar de encontrarnos en plena era de los satélites y de la informática.

Al menos resulta claro que la mayoría de los grupos sociales no tiene la posibilidad de acceder a estos “beneficios”, ya sea por la falta de capital económico, la imposibilidad para adquirir los instrumentos necesarios para comunicarse, o bien por la carencia del capital cultural (bienes simbólicos) para entender este proceso. Esto es todavía más complejo cuando las sociedades se desarrollan en contextos de extrema desigualdad social y regional. Para ilustrar esto, basta mencionar que según el Censo de Población y Vivienda de 2005 (INEGI, 2006), en el estado de Chiapas, aproximadamente 40 de cada 100 habitantes mayores de 15 años de edad no saben leer ni escribir; sin embargo: ¿en el nuevo contexto global, qué será analfabetismo? Se podría seguir hablando de “no saber leer ni escribir”, ¿o hacer más compleja esta definición? Entonces, ¿cuáles serán los códigos de la modernidad?

También “la globalización ha propiciado en muchos casos que las minorías mantengan una identidad y una vida grupal distinta. La globalización ha hecho que el mito de un Estado culturalmente homogéneo sea todavía más irreal y ha forzado a que la mayoría, dentro de cada Estado, sea más abierta al pluralismo y a la diversidad” (Kimlicka, 1996: 22-23). La globalización económica ha tenido como uno de sus corolarios el renacimiento de las identidades étnicas y nacionales, con sus correspondientes alteridades culturales.

En el aspecto cultural, el modelo y la práctica del neoliberalismo no les permiten, por ejemplo a los indígenas, la inclusión, entre otras razones, por ser un modelo que pretende por todos los medios —pacíficos y violentos— la homogeneidad cultural, uniformar los estilos de vida: la no aceptación ni reconocimiento reales de las culturas no occidentales.

También podemos observar que la globalización, aunque se lo proponga, no conduce irremediabilmente a la desaparición de las culturas indígenas y, en otro sentido —resultado de sus mismas contradicciones—, ofrece espacios para su divulgación, difusión y comunicación, inexistentes en los otrora Estado-nación no abiertos por el mercado económico. En toda América Latina abundan ejemplos de la apropiación que los pueblos indígenas han hecho de las tecnologías de la información.

Lo cierto es que las etnias reciben, en mayor grado, los efectos negativos de la globalización; sin embargo, en este punto ocurre un fenómeno paradójico: las herramientas tecnológicas a las cuales pudieron acercarse los grupos indígenas a

causa de la globalización fueron utilizadas para manifestarse y criticar por medio de la red, a través de comunicados y flujo de información, a la misma globalización y sus consecuencias nocivas.

A una creciente globalización de la economía, se contrasta la multiplicación de las diferencias y de la fragmentación cultural. Los conflictos étnicos y religiosos han reaparecido en el escenario mundial, jugando un papel decisivo en la reivindicación de las identidades individuales y colectivas, mediante la información y la comunicación. Este “mundo fragmentado” desafía realidades, pero también conceptos tradicionales, como Estado, nación, pueblo, sociedad, cultura y comunicación. Ante esta complejidad, la reivindicación abarcadora se manifiesta en el derecho a la diferencia y a la aceptación de las realidades multiculturales, que, sin duda, hacen emerger comunicaciones y lenguajes también plurales y no excluyentes que propicien la tolerancia y el diálogo intercultural.

América Latina está permeada por las luchas de la ciudadanía, donde la integración no sólo se busca en la adquisición de los bienes materiales, sino que empieza a tomar importancia el acceso a los bienes simbólicos. A las demandas por vivienda, educación y salud, se agrega con especial fuerza la de información y manejo de conocimientos útiles, de la transparencia de las decisiones y de los mecanismos de representatividad política. En este contexto, la tradicional forma de considerar la dimensión social de la cultura se modifica y se redefine tanto en los ámbitos específicos de los grupos sociales como en los conceptos utilizados: síntesis cultural, sincretismo cultural, cultura híbrida, cultura mixta, cultura local, cultura global, multicultural, pluricultural, transcultural, intercultural, sociocultural, diversidad cultural, cambio cultural, entre otros, relacionados de manera directa con el concepto de cambio social.

En el contexto de las oleadas migratorias y con el propósito de explicar las consecuencias culturales en los migrantes, los anglosajones acuñaron el concepto de “asimilación cultural” para explicar la pérdida total de la cultura originaria y la adopción de la cultura receptora (Gordon, 1964). Por su parte, el modelo de explicación de integración de los inmigrantes en los Estados Unidos de Norteamérica definió el proceso de cambio cultural y de integración social y cultural de esta población, con el concepto de “fusión cultural”, mismo que se extiende a la sociedad receptora.

En el presente mundo con perspectiva globalizante, las industrias culturales son uno de los soportes principales para la inducción a la cultura hegemónica, por lo que a manera de ejemplo ilustraremos parte de ese acontecer en el tema que nos ocupa.

Industrias culturales

Cualesquiera que sean las manifestaciones de la cultura —música, cine, ropa, alimentación, hábitos, costumbres, actitudes, baile, teatro, literatura, educación, religión, caricaturas, deportes, etc.—, las presiones de la industria cultural estarán en función de penetrar permanentemente en todas las otras culturas. Muchos grupos sociales aceptarán y harán suyos los nuevos elementos culturales, y otros grupos se resistirán a adoptar nuevos modelos. Lo cierto es que tendremos una cultura global fragmentada, al igual que el comercio, el mercado y la inversión extranjera: sólo afectan a ciertas regiones y a ciertos grupos sociales, no a todos. Algunos rasgos de las culturas populares seguirán cambiando, otros serán conservados, otros se transformarán, y con seguridad muchos otros serán asimilados de otras culturas, todo ello en correspondencia con las transformaciones sociales, económicas y políticas del mundo actual.

La difusión y adaptación de rasgos culturales entre los diferentes pueblos enriquece constantemente los modos de vida y, en general, la cultura. Esto mismo sucede con la población migrante, pues el proceso migratorio genera no sólo la pérdida de ciertos ingredientes culturales originales, sino también la asimilación de rasgos culturales de la sociedad que los acoge. En ciertos casos los migrantes mantienen toda o parte de su cultura en estados prácticos, cotidianos y con manifestaciones explícitas; en otras circunstancias, la cultura y sus diversas manifestaciones se encuentran en estado latente, reprimidas o subordinadas.

Jean Ladrière plantea que “es posible que un día, por la acción de la ciencia y la tecnología, precisamente, desemboquemos en una cultura universal, uniforme y sólo dependiente de lo ‘construido’. Pero hasta ahora, las culturas son múltiples, profundamente diversificadas y ligadas esencialmente a tradiciones que les proporcionan el cariz de una realidad ‘dada’. Una cultura es una expresión de una particularidad histórica, de un punto de vista original e irreducible sobre el mundo, sobre la vida y la muerte, sobre el significado del Hombre, sobre sus obligaciones, sus privilegios y sus límites, sobre lo que debe hacer y puede esperar. En y por su cultura el individuo entra de verdad en la dimensión propiamente humana de su vida, se eleva por encima y más allá del animal que hay en él” (Ladrière, 1978: 68).

Una de las expresiones de la globalización es el adelanto científico y tecnológico de las telecomunicaciones y de los sistemas informáticos, que han permitido que la comunicación vía Internet, televisión y radio, fluya en forma inmediata en todo el mundo. Esta nueva era comunicativa ha fortalecido las industrias culturales, es decir, todas aquellas que sustentan su enriquecimiento en la publicidad, la difusión, la propaganda y la presentación de espectáculos de atracción para espectadores masivos.

Para la industria cultural, una de las manifestaciones artísticas que mayor popularidad tiene en el mundo es la música, al romper barreras y generar nexos entre las diferentes culturas del orbe. En los últimos 20 años han sido varios los artistas latinoamericanos que han destacado internacionalmente, captando audiencias cada vez más amplias y heterogéneas. Quizá la música es una de las manifestaciones artísticas de mayor difusión en el mundo, alcanzando gran popularidad dentro de lo que antes era un monopolio de los cantantes anglosajones y europeos.

La gran mayoría de los cantantes latinos es joven. Luis Miguel, por ejemplo, un mexicano de gran popularidad, a los 14 años cantaba a dúo con artistas de la talla de Frank Sinatra y Sheena Easton. Otro ejemplo lo fue el grupo Menudo, un conjunto cuya premisa básica era tener siempre cinco integrantes no mayores de 15 años, buena voz y talento para el baile. Este grupo fue líder musical durante varios años y enloqueció a los adolescentes de toda América Latina; incluso llenaron auditorios de nivel internacional como el Madison Square Garden. Pero toda práctica artística en los medios masivos de comunicación debe ser funcional al Estado, a los grupos sociales o a las instituciones, de lo contrario desaparece. Por esa dinámica de la sociedad y la cultura es que muchos productos culturales, como Menudo, pierden la novedad y se convierten en copias trasnochadas pasadas al recuerdo de una generación de la niñez latinoamericana.

El puertorriqueño Ricky Martin, ex integrante del grupo Menudo, obtuvo el reconocimiento mundial al ser el intérprete del tema musical del Mundial de Francia 98, "La copa de la vida". Gloria Estefan, una cubana que con su gran talento para el espectáculo ha llenado escenarios de todo el mundo, incluidos los principales del Japón.

Un último ejemplo de la difusión artística de América Latina es el canto y la música de Shakira, una colombiana que a los cuatro años de edad se subió a un escenario improvisado y bailó la danza del vientre; la niña, a sus ocho años, compuso su primera canción dedicada a su padre y un poema titulado "Rosa de cristal". La "Mujer llena de gracia" —significado etimológico de su nombre— ha sido aclamada y premiada en América Latina, Estados Unidos y Europa; ha grabado en otros idiomas, como inglés, portugués e italiano, y sus discos han tenido éxito en países asiáticos como Japón, Corea y Tailandia.

En su música conviven el rock, el reggae y la balada pop, además de ritmos colombianos y árabes. En sus composiciones deambulan personajes como la Esfinge, Alejandro Magno, Colón, Carlos Marx, Sartre, Michael Jackson, Clinton, Tarzán, la Mona Lisa y Brian Weiss. También están presentes Braulio y Dana, dos jóvenes comunes y corrientes que ven cambiar totalmente sus vidas a causa de un embarazo no deseado.

Los ejemplos de la difusión artística también denotan la influencia cultural de prácticamente todos los pueblos de la Tierra sobre América Latina; ahora está co-

sechando los frutos de ese largo, intenso y a veces sufrido proceso de relaciones interculturales, que se apresta a aportarle al mundo la fusión del arte, como producto de su historia cultural.

Las grandes industrias culturales también difunden cultura en sus manifestaciones artísticas, principalmente cine, música, e información noticiosa en lo político y social. Los televidentes observan cotidianamente noticias, titulares, nota roja y escenas acompañadas de sensacionalismo y espectacularidad por las diversas formas en que la sociedad produce violencia. “Pero los medios hacen violencia así no se dispare un solo tiro: por ejemplo con la descontextualización de los hechos o por la velocidad con la cual se proyectan sus emisiones. Si la televisión muestra la tierna historia de Caperucita pero no la contextualiza, el lobo feroz puede ser objeto de angustia infantil, por comerse a la abuelita, sin más ni menos” (*El Tiempo*, 25 de julio de 1999).

Sin lugar a dudas, otro de los problemas de la televisión que contribuye a la manipulación de la información es el exceso de imágenes. Lo que han llamado los especialistas “visibilidad mediática”; la cual consiste en ejercer un poder a través de la imagen que presiona al espectador a que se identifique con lo ofertado por la televisión. Un ejemplo claro de ello es la forma en que la pantalla chica crea ídolos sin selectividad alguna, más que el patrocinio de empresarios, del Estado o de los partidos políticos.

El semiólogo y lingüista de la Universidad Nacional de Colombia, Ismael Armando Silva, considera que la televisión debe cumplir una función principalmente social. Para ello debe conservar tres características: contextualizar lo que sucede, o sea, establecer conexiones en su historia; mostrarlo sin exceso de recursos visuales, evitando efectos espectaculares innecesarios, y no presionar al espectador para que se identifique con lo que dice el periodista, pues el suyo es uno de otros tantos puntos de vista y las noticias no son púlpito. “Los errores a esas tres condiciones son los siguientes: si no se contextualiza, se mitifica, o sea se crea un hecho sin fundamento social; si se excede en recursos se espectaculariza y si se presiona al televidente a una sola versión se está manipulando: mitificar, espectacularizar y manipular son los tres grandes instrumentos de nuestras telenoticias”.

Al criticar en específico a una cadena de televisión, el autor sostiene: “Es un nuevo show montado sobre la presunción de verdad en directo de lo que está sucediendo. Se olvidan sus precursores; que si algo aparece en la televisión ya es parte de su ficción. La tele no se define en el hecho cierto (eso lo hace la policía), sino en su emisión. Algo que acontece públicamente no es por lo sucedido sino por su modo de divulgarse. Las imágenes las fabricamos los espectadores y por tanto aquí, en nuestra mente, está la verdad. Hay otra violencia que no es real, sino mediática:

aquella donde los recursos tecnológicos son usados para robar mi atención, habiendo mi ser con efectos de imagen. Así, la televisión trabaja para la violencia real” (Silva, 1999: 15).

En la aldea global, los medios de información transmiten mensajes, símbolos y modelos culturales que pueden ser recibidos en cualquier hogar del mundo. Una pregunta aún sin mayor respuesta científica es la de saber si la violencia infantil está inducida, incentivada o modelada por la invasión de programas violentos en las pantallas chica y grande. De igual importancia, y en parte asociada a la violencia, es la pornografía: que mezcla la crueldad y el sadismo con la sensualidad y la degradación de la mujer en el contexto de una sociedad que se encuentra permeada por la cultura de la dominación masculina.

En esta aldea global confluyen las reivindicaciones de la diferencia cultural, étnica, nacional, religiosa, continental y hasta regional, con preocupaciones manifiestas sobre la cultura y la identidad, que en muchos casos se constituyen en banderas emancipatorias.

En esta constelación cultural y étnica se resignifican los conceptos relacionados con nuestro tema y se establecen ejes conceptuales de análisis a partir de: intercultural, multicultural, transcultural, sociointercultural, pluralismo, bicultural, etnocultural, aculturación, endoaculturación. Dada la importancia y la complejidad de estos conceptos, ellos serán abordados en otro trabajo.

Cultura indígena contemporánea

Al interior de los países latinoamericanos las fronteras identitarias que tienen mayor manifestación son las de los indígenas y las de los afrodescendientes. Para el caso es pertinente aludir a la definición clásica de Frederik Barth sobre grupo étnico, portadores de cultura, designados por: autoperpetuación biológica; el compartir valores culturales fundamentales realizados con unidad manifiesta en formas culturales; integración de un campo de comunicación e interacción; y con la autoidentificación de sus miembros (Barth, 1978: 11). Este enfoque le otorga relevancia al proceso histórico en que se construyen las identidades étnicas, a las interacciones, los límites y las fronteras que cada grupo tiene frente a los demás, sin evitar en algunos casos cambios en la cultura y en la identidad.

Para conocer la realidad de la población en las etnorregiones indígenas no se requiere de mayor sapiencia antropológica o sociológica: basta recorrerlas para constatar la situación de lacerante marginación del indio en la estructura de clases en México, privado del acceso a los bienes y servicios básicos para su subsistencia, con predominancia de violencia estructural, así como de violencia física ejercida de manera permanente por parte de los cuerpos represivos del Estado, los caciques

locales y regionales, los partidos políticos y los grupos paramilitares. Lo anterior se acompaña y refuerza de violencia cultural ejercida por las instituciones del Estado y por la exclusión, menosprecio y racismo encubierto y manifiesto de gran parte de la sociedad mestiza, configurando una condición de paz imposible para los indígenas en tiempos de la globalización, teniendo como único camino para fortalecer sus culturas de paz la resistencia activa-pacífica, a través del fortalecimiento de su autonomía social, cultural, étnica y política.

Después de más de cinco siglos de dominación, su situación actual permanece igual, bajo diferentes formas de manipulación y explotación. La condición de minoría étnica dominada se refleja del mismo modo en la situación subalterna de la cultura indígena, que presenta contenidos y dinámicas distintas a la cultura hegemónica, pero que también está sujeta a las condiciones de la cultura oficial, mediante los cambios presentados dentro de la superestructura del sistema capitalista.

Esta condición subalterna conlleva a que la cultura india contenga en su interior elementos contradictorios manifestados en prácticas sociales y culturales ancestrales que coexisten con acontecimientos modernos. Un ejemplo aún elocuente del carácter distintivo de la cultura india es la lengua, manifestación de toda una experiencia social y cosmogónica que se resiste a los embates de la lengua dominante.

La transmisión de la lengua se acompaña de hábitos, costumbres, formas de comportamiento y en general todo lo concerniente a la cultura que permite la inserción de los jóvenes en la vida cotidiana. La madre indígena es la que convive y atiende directamente a sus hijos, con la asignación de roles diferentes a los hombres y mujeres, al niño y al anciano; en donde las pautas culturales son apre hendidas por parte de los niños mediante la orientación, la observación y la imitación de los mayores. Esta cultura, que en ningún momento es estática, contiene elementos de creación, de actualización y por supuesto de transformación, en donde la dinámica de la mujer indígena y su incidencia en el estilo de vida se encuentra determinada por sus diversas actividades cotidianas.

La dinámica cultural, al igual que la económica y la social, adquieren responsabilidades y concreción en los miembros del grupo doméstico en reuniones ejidales, cargos cívicos y religiosos como las mayordomías, las fiestas patronales, las ceremonias y rituales al maíz y a los muertos, la organización de los danzantes, las fiestas comunales, el sistema de cargos y todas aquellas actividades cívico-religiosas, como expresiones de un sistema de relaciones donde el entramado parental, el compadrazgo y la amistad son determinantes de prácticas culturales propias de la relación grupo doméstico y comunidad.

Particular importancia revisten las fiestas de Todos los Santos en las etnorregiones indígenas, dada la participación de las comunidades, su peregrinaje, las altas inver-

siones económicas, la intensidad de la festividad, las danzas, la música, la pólvora, el paseo de imágenes, la floralidad, el culto a los santos, el consumo masivo de alimentos y bebidas, los padrinzos y el compadrazgo, entre otras muchas actividades que fortalecen, crean y redimensionan las relaciones sociales de las distintas comunidades; las cuales se entretajan en la familiaridad, el parentesco y el compadrazgo con todas sus connotaciones afectivas y culturales. Todas estas actividades se realizan gracias a la organización social tradicional del sistema de cargos, que de manera alternante se presenta en puestos civiles y religiosos.

Un indicador más de la particularidad cultural y de la identidad indígena es la festividad de los muertos (no a la muerte), producto del sincretismo entre la religión católica y la prehispánica. Su práctica y concepción, que tradicionalmente se efectúa año tras año, tiene su expresión en las creencias, cultos, ritos, ofrendas y demás actitudes de los grupos domésticos y de las comunidades en tiempos festivos. La celebración del Día de Muertos presenta la afirmación protagónica de la identidad étnica con mayor participación e intensidad que otras ceremonias indígenas.

Las ceremonias y los ritos realizados en la festividad de muertos son mecanismos de socialización, mediante los cuales se expresan colectivamente las comunidades de una manera organizada y con manifestaciones particulares en torno a sus antepasados, manifestación de una creación de identidad religiosa-cultural. Permiten fortalecer la solidaridad social, así como también transmitir tradiciones a las nuevas generaciones, a través de la tradición oral, estableciendo la memoria colectiva de los indígenas en cuanto a lo que ha sido su pasado y su recrear en el presente, de acuerdo con sus nuevos contextos. (Un estudio más amplio fue publicado por la UAEM: *Cuando los muertos regresan*, Cuadernos de Cultura Universitaria, núm. 8, 1994.)

Desde luego que la cultura indígena presenta un amplio abanico en su materialidad y su cosmología, que cotidianamente se expresa en las relaciones intra y extra grupo doméstico, en el trabajo, la alimentación, los ratos libres, la lengua indígena, la organización social, la religiosidad, los usos y costumbres, la medicina tradicional, la vestimenta, las artesanías, la dinámica migratoria y la condición de pobreza. Esta cotidianidad se manifiesta con mayor intensidad y de manera colectiva en los días de fiestas del santo patrón de los municipios, comunidades y barrios; en los rituales de paso de los integrantes de cada grupo doméstico (nacimiento, bautizo, matrimonio y muerte); en la creación y fortalecimiento de las redes de parentesco; en la cooperación para el trabajo (mano prestada, foxite, mano devuelta, gozona), y en el sistema de cargos con toda su connotación social y de organización a través de las mayordomías, estableciendo en la mayoría de los casos un equilibrio del poder indio con el mestizo. Sus representaciones imaginarias también son expuestas en la

música, las danzas, las bandas, los rituales, los mitos y las ceremonias que realizan año con año, de acuerdo con el calendario cívico-religioso.

Todos estos referentes culturales se recrean, construyen y reconstruyen por medio de la oralidad en el grupo doméstico, el barrio, la comunidad y la región. Por ello, también es pertinente reconocer que la tradición oral, además de formar parte de la cultura indígena, es el principal mecanismo de comunicación y de construcción del imaginario colectivo en los indígenas.

Todos los componentes culturales anotados pueden ser la base para la construcción de las identidades culturales y étnicas de los indígenas, todo eso depende, repetimos, de las condiciones objetivas y subjetivas en que se encuentren ellos. Esto explica las dimensiones de la etnicidad de cada grupo indígena, o más concretamente los proyectos políticos étnicos que tengan, o también las reivindicaciones identitarias que se propongan.

Al respecto de la reivindicación de las identidades, Gilberto Giménez, en su texto sobre los “paradigmas de la identidad” (2002), considera que para ello recurren a la tradición archivada en la memoria; el referente simbólico de los territorios ancestrales; el lenguaje como símbolo distintivo cultural; el sistema de parentesco; el complejo religioso que reafirma la identidad del grupo y que manifiesta la visión del mundo, de la vida y de la muerte.

Cultura de conflicto y cultura de paz

Desde una perspectiva amplia, encontramos los estudios multidisciplinarios respecto a la cultura del conflicto y la cultura de paz. Marc Howard Ross plantea que el conflicto es inherente a todas las sociedades, aunque presenta diferencias importantes en torno a sus causales y a la forma en que la población los afronta. En el estudio que realizó a partir de datos etnográficos de 90 sociedades preindustriales, establece las diferencias culturales en la práctica de la violencia, desarrollando la teoría intercultural del conflicto para demostrar, en su libro *La cultura del conflicto* (1995), que hay unas sociedades más violentas que otras. Quizás a partir de este planteamiento y teniendo en cuenta nuestras realidades, podemos pensar que hay culturas dominantes, autoritarias, impositivas que no vacilan en utilizar la fuerza y todo el potencial bélico para dominar y someter a otros pueblos, que adquieren la condición, de manera determinante más no exclusiva, de cultura dominada, controlada y subsumida.

Desde la perspectiva de la paz, campo de estudio relativamente reciente, se habla de cultura de paz y cultura para la paz. La *Enciclopedia de paz y conflictos* (2004:

209) editada por la Universidad de Granada, dice que “la cultura para la paz consiste en la creación de nuevas formas de cultivar las relaciones entre los seres humanos mismos y entre éstos y la naturaleza para incrementar las posibilidades humanas de vivir en paz”. En esta visión, Galtung, fundador de los estudios para la paz, expone que en el mundo hay violencia estructural, social, cultural y directa o física, siendo la cultura para la paz una alternativa a la violencia cultural.

La percepción europea de los estudios para la paz ha desarrollado teorías, reflexiones y análisis con significativos aportes al polisémico concepto de cultura. Entre sus conceptos centrales se encuentran: “paz imperfecta”, “paz negativa”, “paz positiva”, “hacer las paces” y “paz neutra”.

Para la realidad latinoamericana y desde un punto de vista crítico, la paz se encuentra superditada a revertir todas las condiciones de “paz imposible” que han impuesto los Estados y las sociedades dominante a través de las violencias estructural, económica, social, política, cultural y física contra la mayoría de la población. En estas condiciones la paz no tiene nada que ver con el mantenimiento del *status quo*, lleno de injusticias, desigualdades, represión y exclusión. Sin embargo, muchas han sido las comunidades que han enarbolado la bandera de la paz contra las violencias y caminan por senderos culturales de resistencias pacíficas pero activas.

No se trata de redimensionar el concepto de cultura para la paz con la intención de administrar y atenuar la multiplicidad de conflictos que tenemos en América Latina debido a las violencias del Estado, a la incomprensión y no aceptación de los idiomas, religiones, culturas y etnias. Se trata de generar nuestras propias teorías y conceptos que expliquen y produzcan alternativas viables a nuestras complejas realidades, de manera que construyamos sociedades inclusivas y diversas en términos culturales, y justas y democráticas en términos de la convivencia y de la política.

Por lo pronto son muy escasos los estudios y, por ende, la construcción de conocimiento sobre cultura de y para paz en América Latina, toda vez que no se han construido teoría, análisis, reflexión y categorías propias, diferentes a las del eurocentrismo, que den cuenta de nuestra diversidad cultural y riqueza de muchas tradiciones culturales que coexisten con prácticas y cosmovisiones pacíficas en el contexto hegemónico de las violencias. Esta es una de las tareas pendientes del pensamiento crítico latinoamericano, que, para el caso de los estudios sobre la paz desde la perspectiva cultural, requiere originalidad, reflexión autónoma, dimensionar la paz con el poder, y compromiso con el interés social.

Acerca de la interculturalidad

En estos tiempos de globalización hegemónica las fronteras culturales tienden cada vez más a ser virtuales, y la cultura dominante llega incluso a las culturas más aisladas en lo geográfico, social y político. Este proceso global genera relaciones interculturales de mayor sujeción y dominación con sus correspondientes discursos, símbolos, estereotipos y rituales que aparentan integración mundial, pero que discriminan y dominan a través de diferentes instituciones, entre ellas las de educación. En estos límites o fronteras interculturales se producen encuentros y desencuentros entre los protagonistas, sus expresiones culturales y los sistemas educativos.

En los últimos 15 años se ha venido presentando una prostitución de los conceptos de las ciencias sociales, por parte de funcionarios, políticos y organismos internacionales. En el mundo de la burocracia, de los políticos, de los spots televisivos, de las campañas políticas, y de lo que pretende influir en la opinión pública, todo es cultura; y en la educación se habla de multicultural y de intercultural.

No sólo en México sino en toda América Latina el concepto de interculturalidad es utilizado por el discurso oficial de los Estados en el contexto de la gobernabilidad, el poder, la globalización y el desarrollo. Por su parte, los académicos incursionan en reflexiones teóricas sin que aún se logren políticas definidas dentro de la misma interculturalidad, en torno a relaciones interétnicas e interculturales de respeto, reconocimiento y justicia para los pueblos indígenas.¹

La realidad multicultural de la mayoría de las naciones del mundo denota las relaciones interétnicas existentes y también los procesos de aculturación vividos en América Latina. Los países arribaron al siglo xxi en pleno proceso de globalización, con diferentes composiciones sociales, culturales, económicas y étnicas en su interior, que los ha definido como pluriétnicos y multiculturales. Las Naciones Unidas hablan de la existencia de más de cinco mil grupos étnicos, que sobrepasan los 600 idiomas, de los cuales en América Latina se encuentran más de 50 millones de indígenas pertenecientes a 400 pueblos.

El prefijo “multi”, en lo cultural, significa la existencia de muchas culturas, y supone que son variadas y de distintos tipos, sin que necesariamente sean antagónicas e irreconciliables. Ello implica que la multiculturalidad hace referencia a una realidad, a la existencia de diversas culturas, lo que puede ser comprendido de manera

¹ Un recorrido sobre “Intercultura y Educación” (2004) es presentado por Reinaldo Matias Fleuri, de la Universidad Federal de Santa Catarina. Se basa en los trabajos de investigación expuestos en 2002, en la 25ª Reunión de la Asociación Nacional de Pedagogía, los cuales despejan nuevas perspectivas de comprensión de las diferencias y de las identidades culturales en el campo de las prácticas educativas.

sencilla, para el caso de México, con la multiplicidad de grupos indígenas, mestizos y afrodescendientes. Una prueba fehaciente de la multiculturalidad y la pluriétnicidad es la presencia en México de más de 82 grupos etnolingüísticos, dispersos en geografías disímiles, demográficamente variados, con historias, cosmogonías, prácticas y organización social diferentes.

A pesar de esa gran variedad multicultural han sido escasos los estudios sobre el tema respecto a la cuestión étnica en América Latina y particularmente en México. Los análisis han estado centrados en el multiculturalismo de los migrantes y de las sociedades receptoras.²

Los conceptos de interculturalidad y multiculturalidad fueron fundamentados, debatidos e institucionalizados en Estados Unidos en la década de 1980, en respuesta a las reivindicaciones de los movimientos sociales de migrantes, afros, indios, feministas y otros que reclamaban el derecho a la diferencia (Lamo, 1995). Después de múltiples enfrentamientos violentos, el discurso y la práctica de la educación multicultural pasaron a ser una construcción del poder, a partir de considerar a la educación como el espacio donde convergen culturas distintas que, durante el proceso de homogeneización y las dinámicas pedagógicas, pierden sus referentes simbólicos y materiales que no se ajusten a las necesidades de la cultura dominante.

La necesidad de reducir las tensiones entre las minorías étnicas y la población blanca en el estado de California favoreció la promoción del multiculturalismo como corriente política e ideológica. Uno de los efectos más importantes de este fenómeno se tradujo en la proliferación de programas de educación multicultural en las instituciones de educación superior y otros tipos de organizaciones tales como empresas privadas o dependencias gubernamentales, entre otras (Andino, 2001: 21).

Hoy en día, el estudio y el debate sobre la realidad multicultural en Latinoamérica tienen que ver con la política neoliberal de libre comercio, que ha provocado, entre muchas otras consecuencias, la polarización social y económica, el incremento exponencial de la pobreza, mayor exclusión de los grupos étnicos e imposición de la cultura occidental. Esta situación ha conducido al incremento de los conflictos étnicos con la reivindicación de la inclusión y la reconstrucción de las relaciones con el Estado, de manera que cambie profundamente la política indigenista de los últimos años y se establezca un nuevo pacto de los pueblos con el Estado y el resto de la sociedad.

² Una interesante sistematización sobre la concepción y práctica de los modelos de educación multicultural la encontramos en Javier García, Rafael Pulido y Ángel Montes (1997), investigadores del Laboratorio de Estudios Interculturales de las universidades de Granada, Almería y Murcia (España).

Para el caso de Latinoamérica, la realidad de nuestras sociedades, independientemente de la intención política o cultural del Estado, se compone de un mosaico étnico y cultural que puede definirse como una sociedad multicultural y pluriétnica que, de manera histórica y obligada, mantiene relaciones interétnicas e interculturales. Respecto a las relaciones interculturales, éstas han sido asimétricas, sin diálogo y de imposición de la cultura occidental hegemónica contra las culturas indígenas; ello, por supuesto, es una expresión más de la realidad social y económica en que han tenido sometidos a los indios.

La mayoría de los Estados de América Latina, en cumplimiento de las ordenanzas de los organismos internacionales, ha creado universidades “interculturales”, y denominado también a la educación de los otros niveles con el mismo término. Por eso ahora el neoindigenismo habla de educación multicultural, bilingüe y de educación intercultural. La moda del indigenismo en los tiempos neoliberales ha inducido a una confusión de los conceptos, que tienden, para el caso indígena, a negar la realidad socioeconómica y cultural de discriminación que el Estado mantiene contra los indios.

En el terreno de la educación indígena resulta poco acertado plantear como objetivo una educación intercultural, pues, de hecho, la interacción se presenta en todos los ámbitos de las relaciones entre indios, mestizos y Estado, pero en condiciones desfavorables para los primeros, que generalmente son de dominación y de discriminación. Pensar en una educación intercultural, separada, aislada y divorciada de las relaciones interétnicas y de la realidad del mundo indígena no es más que un sofisma del nuevo indigenismo; pues la relación de culturas no está exenta y más bien presupone la imposición del sistema cultural dominante, promoviendo la dominación y dependencia de las etnias indígenas, debilitando su matriz cultural, con miras a la transición hacia la otra cultura.

La interculturalidad significa el espaciamiento, la distancia de una relación no recíproca, de no reconocimiento del otro en sus diferencias y afinidades, pero que interactúa teniendo énfasis la cultura hegemónica, con su correspondiente interferencia en la identidad y en la condición social de los indígenas.

Las relaciones interétnicas se expresan en los contactos interculturales, los cuales tienen como soporte las relaciones sociales entre los indígenas y los mestizos, y ello no es reducible al ámbito académico, sino más bien extendible a la dinámica educativa. Esto quiere decir que las relaciones del Estado, de sus instituciones y de la sociedad nacional para con los indios, caracterizadas por ser de dominación, discriminación, subordinación y exclusión, son practicadas en la escuela como institución que cumple ineludiblemente funciones ideológicas, culturales y educativas del Estado, simuladas bajo el eslogan de la interculturalidad.

La educación intercultural tiene como premisa ser una educación del Estado para los indígenas, es decir, se encuentra determinada por lo que el Estado considera debe ser el presente y el futuro de la educación de los indios, aplicando con ello una política sociocéntrica y etnocéntrica caracterizada por la superioridad y no igualdad de la cultura mestiza frente a la otra cultura.

Una verdadera educación indígena debe partir del diálogo societal, que ineludiblemente tiene que trascender la dimensión cultural y la negociación del reconocimiento de los derechos colectivos de los pueblos indígenas por parte del Estado. Implica no solamente el reconocimiento a las diferencias y el respeto a ellas, sino también a crear las condiciones que garanticen la supervivencia de las comunidades indígenas portadoras de dichas diferencias.

En ese tenor, el reconocimiento y respeto a la diversidad cultural obligaría a que en las instituciones educativas se diversifiquen los estudiantes, los profesores, los planes, los programas de estudio y también las distintas formas de acceder al conocimiento. Es decir, la interculturalidad social no puede ser reducida al discurso ni a la presencia física de indígenas en instituciones y aulas que únicamente persiguen su adaptación a la cultura y sociedad occidentales, a través de intensos procesos de asimilación cultural unidireccionales.

Si la institución educativa presenta los esquemas de organización burocrática propios de la cultura occidental, si el modelo se fundamenta en los profesores que saben y los alumnos que aprenden, si los cimientos son verticales y autoritarios con ausencia real —no discursiva— de la democracia en el aula y la institución, si el eje del conocimiento es la repetición de lo programado y no el análisis y el pensamiento crítico, si la disciplina es el fundamento para sostener el sistema, si las calificaciones son medios de control y de poder, si no se incorporan la tradición, la memoria y el conocimiento de la tradición oral, si se premia el individualismo y no se promueve y valora el colectivismo indígena, si se castiga y censura a los que piensan y actúan diferente al modelo programado, entonces nos encontramos con una universidad hegemónica-educativa que tan sólo permite el contacto cultural, también denominado interculturalidad, con una interacción sesgada por la imposición de la cultura y la educación occidentales. La influencia hegemónica con las características anotadas conduce a la formación de personas con pautas y conductas culturales que inhiben la conciencia étnica y los procesos de construcción intercultural simétricos.

Para concluir

En apretada conclusión, el concepto de cultura ha sido definido de diversas formas por antropólogos y sociólogos de acuerdo con los puntos de vista del investigador, con las perspectivas teóricas y metodológicas y con los casos de estudio efectuados. Confluencias y divergencias están presentes en los estudios que sobre cultura se realizan, y ello denota también las realidades multiculturales y las diferencias culturales que tiene cada estructura interna.

El concepto de cultura hace referencia a sociedad, herencia social, transmisión, imitación, inducción, imposición, normas, cambios, símbolos, adaptación, diferenciación, relaciones interculturales, identidad, diversidad, conflicto, discriminación, convivencia y paz. Distintas han sido las escuelas de pensamiento en torno al concepto: evolucionismo, difusionismo, personalidad, estructural, funcionalismo. A partir del concepto de cultura se han generado otros conceptos: aculturación, área cultural, deculturación, transculturación, intercultural, multicultural, pluricultural, intracultura y préstamos culturales.

Hoy en día, en la era de la globalización, con dificultad podemos encajonar los conceptos a determinadas disciplinas, entre otras razones porque la tendencia de la formación, la investigación y la aplicación del conocimiento social es la multi, la inter, la tras y la interdisciplinariedad. Pero también porque los antropólogos continúan sus estudios en sociología, y estos últimos incursionan en antropología. De igual manera sucede con los de otras disciplinas sociales, lo cual nos permite hablar de la complejidad en la formación de los científicos sociales, en la construcción del conocimiento y en la tenue o inexistencia de límites en las fronteras de las disciplinas en ciencias sociales. Por ello, las presentes notas delinearon algunos trazos que sobre cultura se han planteado desde la antropología y la sociología, lo cual constituye, en mi entender, los estudios socioantropológicos de la cultura.

Particular atención amerita el escaso desarrollo de estudios sobre la cultura de paz y para la paz en América Latina, que conlleven a generar conceptos y terminologías propias con nuestra forma de pensar y con nuestras realidades; pero tampoco con el anclaje al pensamiento analítico del eurocentrismo. Es decir, cimentar nuestros propios imaginarios conceptuales en torno a la paz.

En sentido estricto, la comprensión de los planteamientos teóricos, analíticos y epistemológicos de las diversas corrientes existentes sobre cultura remiten a prolongados estudios de las fuentes originales, cuya empresa requiere equipos amplios de trabajo y tiempos que superan con creces los límites de estas notas.

Bibliografía

- Barth, Fredrik (comp.) (1978), *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Beals y Hoijer (1971), *Introducción a la Antropología*, Madrid: Aguilar.
- Bell, Daniel (1989), *Las contradicciones culturales del capitalismo*, México: Alianza.
- Boas, Franz (1930), "Antropology", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, 2, New York: MacMillan.
- Bobbio, Norberto (1985), "Liberalismo viejo y Nuevo", en *El Futuro de la Democracia*, España: Plaza & Janes.
- Bohannan y Glazer (1993), *Antropología, lecturas*, Madrid: Mc Graw Hill.
- Bonfil Batalla, Guillermo (1995), "La penetración cultural imperialista en México", en *Obras Escogidas*, tomo 4, México: INI-INAH.
- _____ (1993), *Nuevas identidades culturales en México*, México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, Pierre (1991), *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.
- Brown, Corinne Ina (1993), *Comprensión de otras culturas*, México: Pax.
- Canclini García, Néstor (1995), *Consumidores y Ciudadanos*, México: Grijalbo.
- Clifford, Geertz (1991), *La interpretación de las culturas*, México: Gedisa.
- Cueva, Agustín (1981), "Cultura, Clase y Nación", en *Cuadernos Políticos*, núm. 31, México: Era.
- Díaz-Polanco, Héctor (1980), "Etnia, Clase y Cuestión Nacional", en *Cuadernos Políticos*, núm. 30, México: Era.
- Gellner, Ernest (1993), *Cultura, identidad y política*, España: Gedisa.
- Giménez García, Montiel (2002), "Paradigmas de la identidad", en Aquiles Chihu Amparán [coord.], *Sociología de la identidad*, México: Miguel Ángel Porrúa y UAM-I.
- Gramsci, Antonio (1975), *Los intelectuales y la formación de la Cultura*, México: Juan Pablo editores.
- Howard, Ross Marc (1995), *La cultura del Conflicto*, España: Paidós.
- Kroeber, A. L. (1948), *Antropology*, New York: Harcourt and Brace.
- Ladrière, Jean (1978), *El reto a la racionalidad. La Ciencia y la Tecnología frente a las Culturas*, París/España: Sígueme, Salamanca/UNESCO.
- Leves, Janet (1985), *La locura por el fútbol*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, Carlos (1972), *Miseria de la filosofía*, México: Ediciones de Cultura Popular.
- _____ (1974), *La ideología alemana*, México: Ediciones de Cultura Popular.

- Monsiváis, Carlos (1981), "Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México", en *Cuadernos Políticos*, núm. 30, octubre-diciembre, México: Ediciones Era, pp. 33-44.
- Murdok, George Peter (1985), "Proceso del cambio cultural", en Shapiro, Harry L. (1985), *Hombre, cultura y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Nanda, Serena (1982), *Antropología Cultural*, California: Wadsworth Internacional/Iberoamericana.
- Sandoval Forero, Eduardo Andrés (1994), *Cuando los muertos regresan*, Cuadernos de Investigación Cultural, núm. 8, UAEM.
- Shapiro, Harry L. (1985), *Hombre, cultura y sociedad*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Silva, Ismael Armando (1999), "Noticias y violencia", columna de Ciudad Imaginada, en *El Tiempo*, 25 de julio 1999, Colombia.
- Sorokin, Pitirim (1941), *Social and cultural dynamics*, New York: American Book.
- Tylor, Edward (1975), "La ciencia de la cultura", en J. S. Kahn [comp.] *El concepto de cultura: textos fundamentales*, Barcelona: Anagrama.